

plicó el prelado y así se llegó á fines de otoño, época en que estaban ya reunidos en Roma la mayoría de los prelados.

III

El día 8 de diciembre fué uno de los más solemnes en la historia de la Iglesia: en ese día se inauguró el vigésimo concilio ecuménico, ofreciendo el espectáculo más imponente que jamás había brillado ante los ojos y penetrado en las almas. La asamblea se reunía en la Basílica de San Pedro: Bramante y Miguel Angel habían proporcionado el escenario, y todo cuanto el arte tiene de más magnífico se unía á lo que la religión tiene de más sagrado. Fuera, la lluvia, empujada por las ráfagas del viento invernal, azotaba las paredes del templo; dentro todo era esplendor, luz, armonía, y este contraste parecía la imagen de la propia Iglesia, radiante y confiada en medio de la tempestad. Formando larga procesión y entonando el *Veni Creator*, avanzaban los obispos que habían acudido de todos los puntos del globo, los de Europa, los de Oriente, los del continente nuevo, y finalmente, los vicarios apostólicos, pastores de diócesis todavía indecisas y que en su porte más humilde representaban á la Iglesia en su regia pobreza. Después celebróse un ceremonial que recordaba los tiempos antiguos, pero tan remotos, tan olvidados, que ninguna novedad habría ofrecido los atractivos de aquellas cosas viejas. Entre tanto, todas las miradas se fijaban en Pío IX, y los asistentes no se cansaban de admirar los designios de la Providencia que para robustecer el poder espiritual del pontífice había escogido precisamente los días en que perdía todo su poder visible.

Cuando se hubo saciado bien de aquellas pompas, la curiosidad pública cambió de objeto y su principal preocupación fué descubrir las tendencias que prevalecerían en el concilio. Las mismas divisiones que se habían producido en el mundo habían de aparecer también en el concilio, presentándose en primer término la cuestión de la infalibilidad, cuestión dominante hasta el punto de obscurecer á todas las demás.

El día 3 de enero los partidarios de la definición propusieron á sus colegas la firma y presentación de un *Postulatum* declarando «que la autoridad del pontífice romano es soberana y, por consiguiente, infalible cuando, usando del poder apostólico, decide sobre las cosas de la fe y de las costumbres y enseña lo que debe ser creído y observado y lo que debe ser rechazado y condenado.» Fácil era prever que no faltarían adhesiones. Conocidos eran los sentimientos del Padre Santo, y los familiares del Vaticano afirmaban con ardor lo que el mismo papa se desdeñaba de disimular; además, la propaganda se fundaba en una consideración que desvanecía todos los escrúpulos, á saber, que no se trataba de proclamar máximas nuevas ó discutidas, sino de consagrar una creencia casi universal. Monseñor Pie no consideró prematuro desarrollar desde el púlpito de San Andrés *della Valle*, durante las fiestas de la Epifanía, la tesis que el concilio no había todavía abordado, y luego, aludiendo con bastante claridad á los *católicos liberales*, habló de «esos dos ó tres falsos resplandores que durante el siglo habían extraviado á

los hombres y turbado la vista aun de los más sabios (1).» Por aquel mismo tiempo, la doctrina formulada por el *Postulatum* encontró en Francia en la persona de dom Gueranger un defensor á quien nadie habría podido sobrepujar: el sabio benedictino agotó, por decirlo así, en su libro sobre la *Monarquía pontificia*, la controversia; ¡tan profundos fueron sus argumentos! El partido infalibilista disponía además de grandes contingentes formados por los obispos de España y de Italia y también por los vicarios apostólicos, poco versados en los debates teológicos, pero sencillos como los hombres de acción y que descansaban filialmente en Pío IX como en el mismo representante de Jesucristo. El *Postulatum* reunió muy pronto cuatrocientas diez y nueve firmas.

Este entusiasmo excedía á todos los temores del partido contrario, el cual redactó un *contra-postulatum* que obtuvo unas ciento treinta adhesiones. En vista de tan gran desigualdad, los obispos hostiles á la definición, muy ilustres, en general, por su saber, por su consideración y por la importancia de sus sedes, se esforzaron en suplir la pequeñez numérica por su estrecha unión. Los franceses acostumbraron reunirse unas veces en el palacio *Salviati*, residencia del cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzón, y otras en la *vía Condotti*, en casa del arzobispo de París: los principales eran Monseñor Ginouilhac, famoso por su ciencia teológica; Monseñor Dupont des Loges, obispo de Metz, personaje de carácter austero y de altas virtudes; y, por último, Monseñor Dupanloup. A esas reuniones asistía también á veces Monseñor de Merode, íntimo de Pío IX, pero dominado por un gran temor, el de que haciendo más pesado el yugo de la fe, se empujara hacia el cisma á los pueblos de raza germánica (2). Los más resueltos en la oposición eran los alemanes, siendo los más notables de ellos Monseñor Haynald, arzobispo de Colocza; Monseñor Hefelé, obispo de Rottemburgo; Monseñor Strossmayer, obispo de Sirmium; Monseñor Ketteler, obispo de Maguncia, y el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena. Después de largos y penosos esfuerzos, nombróse un comité internacional que concentrara toda la resistencia. Fuera de aquel grupo habíase formado otro, al que hubiera podido designarse con el nombre de *tercer partido* y que, sin entrar en discusiones teológicas, se proponía ganar tiempo, aplazar las cuestiones irritantes y encontrar soluciones moderadas: así obraban Monseñor Forcade, obispo de Nevers, y sobre todo el cardenal de Bonnechose.

La situación de todos estos prelados no dejaba de ser embarazosa; lo que más les preocupaba no era la infalibilidad, porque casi todos creían en ella, sino las tendencias generales que parecía señalar el reciente *Postulatum*. ¿Qué otras cuestiones se enlazarían con la única que hasta entonces se había agitado? Dentro de este criterio observábanse todos los indicios que parecían revelar en el gobierno pontificio el propósito oculto de restringir las atribuciones de la asamblea: el Padre Santo había designado por sí mismo todos los funcionarios del concilio; todas las comisiones habían sido nombradas bajo su inspiración; no se levantaba acta de las sesiones; no había el derecho de hacer imprimir los discursos pronunciados; y hasta las condiciones acústicas

(1) *Oeuvres du cardinal Pie*, tomo VI, pág. 575.
(2) Besson, *Vie de Mgr. de Merode*, pág. 280.

IV

cas del salón hacían difíciles las discusiones. Los más pesimistas comenzaban ya á temer una centralización excesiva en los asuntos eclesiásticos y predecían la prepotencia de ciertos cardenales ó prelados, italianos todos, que ejercerían de hecho la plenitud del poder espiritual: tales habían de ser, decíase en voz baja, los frutos del concilio. Mayor era aún la preocupación por los conflictos que podrían surgir entre la sociedad laica y la sociedad religiosa. ¿Se reproducirían las doctrinas del *Syllabus* imponiéndolas definitivamente á los fieles? Aparte de esto, se temía que el Estado tomase represalias y acabase por separarse de la Iglesia.

Estas previsiones alarmistas engendaban una especie de malestar que vemos reflejado aún en la correspondencia de los obispos más moderados. En 12 de enero Monseñor de Bonnechose escribía: «Me preocupa en alto grado el sesgo que toma el concilio... y temo un fracaso que sería un menoscabo para la Iglesia y un triunfo para sus enemigos (1).» En 31 de enero aventuraba la idea de una suspensión del concilio, si bien añadía «que sería un remedio extremado y lleno de inconvenientes.» El 10 de febrero anotaba nuevamente sus lamentaciones en su *Libro Diario*: «No se adelanta nada, escribía; los ánimos se encuentran en vez de calmarse. Paréceme como si estuviéramos embarcados para una travesía difícil en un buque agitado por las olas y en el que todo el mundo está mareado.» Las mismas apreciaciones llenas de inquietud encontramos en la correspondencia del grave obispo de Metz, quien en 17 de enero, en una carta dirigida al conde de Chambord, se expresaba en los siguientes términos: «He de decirlo, Monseñor, que siento cierta tristeza. Humanamente hablando, no parece que el concilio haya de corresponder á la esperanza universal: mucho se espera de esta solemne asamblea, y hasta el presente nada veo que permita presagiar grandes cosas y grandes resultados (2).» Los obispos de la oposición y los del tercer partido, algo inquietos por el presente y más aún por el porvenir, volvíanse á todos lados en busca de un punto de apoyo. El cardenal Antonelli «comprendía lo que pasaba, pero se resistía á obrar.» Los que rodeaban al Padre Santo «temían, sobre todo, decir al papa aquello que suponían que le había de disgustar (3);» y los que á él lograban acercarse le encontraban bueno, afectuoso, dispuesto á escuchar todo cuanto le dijeran. Pero estaba notoriamente al lado de los infalibilistas. En tales circunstancias podría ejercerse una influencia moderadora, la de los gobiernos, sobre todo del de Francia, que por su protección al pontífice tenía derecho á ser escuchado; pero esta idea dejaba perplejos á los obispos, quienes en unos momentos la aceptaban y en otros la rechazaban con escrúpulos y casi con remordimientos, porque cualquier llamamiento al poder secular podía parecer una tentativa de intimidación contra la Santa Sede y jamás se habrían perdonado la menor sombra de presión inconveniente sobre Pío IX, á quien amaban y veneraban y á quien se desesperaban de tener que contradecir y entristecer.

(1) *Livre-Journal (Vie du cardinal de Bonnechose)*, tomo II, página 108.

(2) Véase *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el Padre Klein, páginas 239-241.

(3) *Livre-Journal du cardinal de Bonnechose*.

Durante todo el año 1860, el gobierno francés (que era aquel cuya conducta había de arrastrar á las potencias católicas) había persistido en la actitud expectante que hemos descrito. El príncipe de Hohenlohe, primer ministro de Baviera, había propuesto en el mes de abril la celebración de una conferencia europea para conjurar los peligros que el concilio pudiera entrañar para las ideas modernas; pero este proyecto no había tenido consecuencias. En el mes de octubre el Sr. de la Tour d'Auvergne redactó para uso de nuestro embajador en Roma una instrucción diplomática que resumía los propósitos del gabinete imperial: en ella se desaprobaba de antemano toda resolución cuyo objeto fuese aumentar desmesuradamente las prerrogativas del pontífice romano; se recordaban las tempestades en otro tiempo levantadas por el *Syllabus*; se aconsejaba la evitación de máximas demasiado absolutas; y se manifestaba el deseo de que el elemento italiano no tuviera tanta preponderancia en el gobierno de la Iglesia. Era indudable que varias de estas indicaciones serían poco agradables á Pío IX; pero los consejos estaban formulados con tal acento de lealtad respetuosa, que de ellos no podía resultar ningún rozamiento duradero. Poco tiempo después, en 29 de noviembre, el emperador, con motivo de abrir la legislatura, quiso borrar con palabras amables toda huella de disgusto, y á este efecto dijo en su discurso: «De la reunión de todos los obispos del orbe católico sólo puede esperarse una obra de sabiduría y de conciliación.»

Así las cosas, habíase constituido el gabinete del 2 de enero. El ministerio de Relaciones exteriores había sido confiado, como hemos dicho, al Sr. Daru, católico muy leal á la Iglesia. La solicitud con que este ministro miraba los intereses religiosos hubiera debido hacer más fáciles y más cordiales las relaciones con la Curia romana; pero como estaba trastornado todo, sucedió lo contrario.

Este hecho singular se explica por las divergencias que en aquel entonces separaban á las almas más cristianas. Los dos partidos discutían con ardor y sin grandes probabilidades de llegar á una inteligencia, fundándose los unos en la teología pura que no admite transacciones, y los otros en la política que sólo vive de compromisos. El Sr. Daru tenía por amigos al Sr. de Montalembert, al príncipe de Broglie y al Sr. Cochín, y patrocinaba al periódico *Le Français*; además, hijo de un alto dignatario del primer imperio, habíase educado en el respeto al concordato, y más exclusivo en esto que sus correligionarios en política y en religión, no admitía nada fuera de las máximas por aquel documento consagradas. Era, según la expresión de la época, un *católico liberal*, lo que á los ojos de ciertos espíritus exaltados parecía entonces peor aún que no ser católico. Llegado al gobierno, el nuevo ministro consideró que su deber como buen francés y cristiano era ayudar á los obispos de la minoría; y así lo hizo, en efecto, acaso sin medir todas las dificultades que había de crearle semejante conducta.

Y cuenta que en un principio se mantuvo dentro de la más extremada prudencia. En una nota que se encontró entre sus papeles y en la cual traza el programa